

Conutor Eduardo Ruiz.  
Santiago, 1970

seminario, para mí está todo bien, yo siempre estaba dispuesto a hacerlo, pero no sabía que eran oficiales de carabinieri; hasta que un día se me cayó un cubo de hielo de mi copa y al recogerlo vi que todos usaban medias verdes [risas]. Ahí me di cuenta de que eran oficiales de carabinieri». Les dije eso y ni siquiera les dio risa. Bien, después comenzó la declaración y les dije que políticamente era anarquista, como un amigo mío, zapatero. Los anarquistas continuaban siendo viejos zapateros, artesanos, tipógrafos, pero ese amigo zapatero anarquista no estaba de acuerdo con nada de eso, y yo tampoco [risas].

*¡Ahí, entonces fue el anarquismo que lo saltó [risas]!*

Y después un amigo español me dijo: «declaraste que eras anarquista y por eso te salvaste, pero en España te encarcelan!» [risas]. Y después me preguntaron qué características tenía el seminario. Bien... Por fin, me salvé. Nadie sabía lo que iba a pasar, pero decidí que no saldría del país, que a mi padre le había costado mucho llegar con una maleta y un salame y yo no iba a volver a Italia con una maleta y un salame [risas]. Eso sería el fracaso de toda una familia y no podía ser [risas].

*Su padre llegó a Chile en qué año?*

En 1924, después de la Primera Guerra.

*Y su madre es chilena o italiana?*

Mi madre nació en Chile y de pequeña volvió a Italia. También era hija de italianos. Nació en Chile, después de la Primera Guerra, volvió a Italia y después volvió a Chile.

*Entonces usted es italiano también?*

Sí, ítalo-chileno [risas]. Bien, entonces decidí que no me iba. Pero cuando fue el golpe recordé una cosa que don José Medina me había contado sobre su experiencia en la Guerra Civil Española. Me contó que cuando la guerra comenzó, en 1936, la primera misión que tuvo fue volar en uno de esos aviones de paño, o sea, viejos aviones de guerra, para preparar el exilio para los intelectuales, pues sabían que ello vendría, o por lo menos se presumía fuertemente, y el exilio de los intelectuales tenía que ser preparado.

La verdad es que los que pudieran quedarse se quedaron, procurando mantener una línea de pensamiento. Obviamente, todas las universidades fueron intervenidas. Pero donde fuera posible, los pocos que pudieran quedarse, procuramos mantener una línea de pensamiento, una forma de actividad intelectual, y tratar de contribuir con los otros que eran perseguidos para que tuviesen la oportunidad de ir al exilio y mantener una actividad intelectual. Ahí quien desempeñó un papel muy importante, casi en los primeros días del golpe, fue Touraine, obteniendo becas para las personas que salían de la cárcel.

En el presente ensayo se pretende señalar algunos temas que hacen referencia al modo que asume el conflicto político en Chile, y de qué manera éste aparece vinculado a una determinada estructura de poder y de estratificación social.

Se ha creído conveniente partir de un somero análisis de la distribución electoral del país. Éste señala lo que podríamos denominar el «nivel de apariencia», es decir, el modo como se manifiestan los conflictos que creemos obedecen a causas o determinantes más profundos que la mera distribución de los votos por partidos. Sin embargo, este análisis de los hechos más aparentes permite plantear los problemas centrales y, de alguna manera, orienta la selección de los temas. El segundo paso lo constituye el intento de vincular la votación de los distintos partidos chilenos con ciertas características de tipo estructural, especialmente con la presencia de actividades económicas de distinto orden: industriales, agrícolas, mineras, etc., las que de modo muy grueso pueden constituirse como posibles indicadores de un grado mayor o menor de modernización. A continuación se hace una breve descripción de las características más generales de los distintos grupos sociales, éstas, de algún modo, encuentran expresión política, y sus rasgos como grupo explican el tono que la relación política asume en Chile.

Por último, se plantea en este ensayo el tema de la perduración de la ideología del Frente Popular como modo de expresión de la relación política y se intenta explicar este hecho a partir de la heterogeneidad de las clases populares.

En general, las opiniones vertidas sólo tienen un carácter de ensayo interpretativo y estamos conscientes de que en modo alguno nuestra exposición constituye una demostración cabal, pero sí creemos que puede contribuir a una discusión más profunda del fenómeno político chileno.

## I. Características de la Votación por Partidos

El Partido Nacional, producto de la fusión de los partidos Liberal y Conservador —producida con posterioridad a las elecciones parlamentarias de 1965—, y el Partido Radical, constituirían los agentes políticos más tradicionales. El primero agrupa preferentemente a restos de la oligarquía agraria, conjuntamente con sectores de una burguesía industrial, comercial y financiera calificable como tradicional. Por otra parte, el Partido Radical cobijaría, en esencia, sectores medios, profesionales y burocráticos, ideológicamente representados por la masonería, con fuerte vinculación a la burocracia pública y especialmente provinciana sin perjuicio de importantes sectores agrarios oligarquizados y grupos empresariales, vinculados a las ramas económicas de mayor desarrollo a partir de los años cuarenta que reflejan cierto tradicionalismo en el presente ajuste de la economía chilena.

En las elecciones parlamentarias de marzo de 1969 aparece el Partido Nacional teniendo en los primeros rangos de su votación provincias como Chiloé, Cautín, Llanquihue, Malleco y Maule, a las cuales se les puede atribuir, conforme a datos actuales, características esencialmente agrarias, y por el contrario, en los últimos lugares de importancia para su votación aparecen provincias como: Concepción, Antofagasta, Atacama, Magallanes y Arauco. De ellas, Antofagasta, Atacama y Magallanes son mineras; Concepción, industrial y minera, y Arauco, minera con actividades agrarias. La importancia que para el Partido Nacional reviste la votación conseguida en la provincia de Santiago, no es despreciable (7° lugar), tratándose de la mayor concentración industrial del país. Valparaíso, la segunda provincia nacional en ese orden, aparece para este partido como de poca importancia. Es claro entonces que la votación del Partido Nacional se encuentra estrechamente vinculada a las provincias netamente agrarias, y totalmente desvinculada de las provincias que cuentan con una actividad fundamentalmente minera. Esto aparece como una clara tendencia.

El Partido Radical, en las elecciones parlamentarias de marzo de 1969, tiene en rangos de privilegios la votación de las provincias de Osorno, Malleco, Ñuble, Arauco y Chiloé. La primera es agraria, con algún desarrollo industrial de tipo agropecuario; Malleco, Ñuble y Chiloé, netamente agrarias, y Arauco, minero-agrícola. Los últimos rangos de su votación los componen las provincias de Magallanes, Cautín, O'Higgins, Aysén y Santiago. Magallanes, minero-industrial; Cautín, agrícola-comercial; O'Higgins, minero-agrícola; Aysén, una de las de más bajo desarrollo del país; y finalmente Santiago, precisamente el centro más desarrollado. Mantienen alguna importancia las votaciones recogidas por el Partido Radical en las provincias mineras de Atacama y Antofagasta y en las provincias agrarias de Maule, Colchagua y Linares. Poca significación reviste otra provincia minera como es Tarapacá, así como el segundo centro urbano del país, la provincia de Valparaíso. La votación del Partido Radical aparece entonces diseminada a través del país, sin una asociación positiva, especialmente significativa, con ningún tipo de actividad económica que pueda apreciarse a través de su votación provincial. Sin embargo, adquiere significación su asociación negativa con la votación recogida en los centros urbanos más importantes del país, que poseen la mayor concentración industrial.

En la votación democratacristiana, la primera significación radica en las provincias de Santiago, Cautín, Aysén, Magallanes y Valparaíso. En los últimos lugares se encuentran provincias como Coquimbo, Antofagasta, Arauco, Maule y Osorno. Carecen de importancia provincias mineras como Tarapacá, O'Higgins y Atacama. No aparece especialmente baja la ubicación de rango de Concepción y Talca, siendo la primera el tercer centro urbano nacional y Talca, centro industrial y agrario del valle central. Se advierte claramente su asociación con los centros más desarrollados.

El Partido Comunista tiene en primer lugar las provincias de Tarapacá, Concepción, Arauco, Antofagasta y Valparaíso, que son mineras e industriales. Otras provincias mineras como Atacama y Coquimbo no se encuentran en lugares bajos, y tampoco Santiago y Talca. En los últimos lugares están las provincias de Colchagua, Osorno, Valdivia, Llanquihue y Chiloé, todas esencialmente agrarias.

Poca importancia revisten Cautín, Ñuble, Maule, Malleco y Linares, de las mismas características que las anteriores.

El Partido Socialista distribuye su votación teniendo en los primeros rangos a Magallanes, Valdivia, Osorno, Atacama y Llanquihue, siendo algunas mineras y otras agrarias con presencia de industrias. Santiago tiene igual ubicación que con respecto al Partido Comunista, pero se encuentran en inferior situación las provincias de Concepción, Valparaíso y Talca. En los últimos lugares encontramos a Linares, Cautín, Antofagasta, Tarapacá y Malleco, también agrarias y mineras. A primera vista la ubicación de las diferentes provincias no permite una asociación clara de su votación.

Calculado el coeficiente de correlación por rangos o de Pearson, resulta que la asociación entre los partidos que hemos considerado de tipo «tradicional», Partido Radical y Partido Nacional, es nula.

Aparece claro que el centro de mayor concentración industrial permite la coexistencia de grupos burgueses tradicionales y modernos siendo representados los primeros por el Partido Nacional, lo cual le otorga a éste presencia importante en Santiago. No ocurre lo mismo con los sectores medios, en que el surgimiento de grupos más dinámicos vinculados a las nuevas formas que reviste el desarrollo económico desplaza la significación de aquellos sectores medios que accedieron al poder con el Frente Popular y que constituyeron el respaldo social a la política desarrollista de entonces, representados políticamente por el Partido Radical. Las «nuevas» clases medias, ahora producto de un proceso de mayor concentración económica, emergen precisamente donde este fenómeno adquiere mayor fuerza —en Santiago— lo que naturalmente impide que el Partido Radical adquiriera una votación significativa.

En general, se advierte la presencia de los dos partidos en casi todas las provincias, admitiendo naturalmente que ellas adquirieren, para ambos, diferentes ubicaciones en términos de importancia. De alguna manera estos partidos estarían representando los dos estadios tradicionales que hemos mencionado.

Sin embargo, en tres provincias la presencia de uno implica la ausencia del otro. En el caso de Atacama, provincia que vive de la explotación de la mediana y pequeña minería, el Partido Radical representa a los sectores tradicionales, casi exclusivamente. Lo propio ocurre en Cautín, provincia agraria, con el Partido Nacional.

En Santiago se advierte la presencia del Partido Nacional revisitando su votación en esta provincia gran importancia. No ocurre lo mismo con el Partido Radical, para el cual tiene la última significación.

Comparando los dos partidos del sector tradicional con cada partido de los que hemos llamado «modernos», nos encontramos en primer lugar que entre el Partido Nacional y la Democracia Cristiana se encuentra un grado de asociación positiva, aunque bajo (+ 0,2). Lo cual resulta fácilmente explicable si comprobamos que para ambos las provincias de mayor desarrollo urbano tienen importante significación, especialmente para la Democracia Cristiana, e igualmente se asocian en cuanto que las provincias mineras no cuentan fundamentalmente en sus votaciones, especialmente para el Partido Nacional; en general, en relación con las provincias agrarias se aprecian importancias parecidas, sin grandes desviaciones en la generalidad de los casos.

Con respecto al Partido Radical, la Democracia Cristiana aparece con una asociación negativa (-0.5) la cual, sin duda, de alguna significación. En primer término es notoria la diferencia que tienen para ambos los centros urbanos más importantes. Mientras para la Democracia Cristiana adquieren la primera importancia, para el Partido Radical es todo lo contrario, teniendo Santiago el último rango. Lo mismo ocurre con las provincias agrícolas de Osorno, Maule, Chiloé, de bajo coeficiente de rango para la Democracia Cristiana y de singular importancia para el Partido Radical, y con algunas provincias mineras como: Arauco, Antofagasta, Coquimbo y Atacama.

En este caso, la presencia de un partido significa la ausencia de otro. Se podría entonces pretender que tal situación se debiera a un desplazamiento de los partidos tradicionales por parte de partidos más modernos, especialmente se daría este fenómeno entre el Partido Radical y la Democracia Cristiana. En todo caso, el desplazamiento parece producirse en la medida en que el proceso de desarrollo permite la emergencia de nuevos sectores, como ya se ha explicado.

El Partido Comunista presenta una asociación negativa con el Partido Nacional (-0.6). Anotábamos anteriormente el bajo rango que tienen las provincias mineras para este último partido, como por ejemplo Tarapacá, Coquimbo, Concepción, Antofagasta, Atacama, Magallanes y Arauco, las que se encuentran precisamente en los primeros lugares de la votación comunista. Por otra parte, es notoria la ausencia de votación comunista en las provincias agrarias, las que para el Partido Nacional adquieren importancia, como es el caso de: Cautín, Nuble, Maule, Malleco, Linares, Colchagua, Osorno, Valdivia, Llanquihue y Chiloé. En relación a los centros urbanos industriales, Santiago tiene una ubicación relativamente similar en ambos partidos, no así Concepción y Valparaíso que adquieren rasgos especialmente importantes para el Partido Comunista.

En relación con el Partido Radical, la votación comunista presenta también una asociación negativa, pero más baja (-0.2). La votación radical se distribuye a través del país sin presentar asociaciones importantes con ningún tipo de provincias. Su forma de asociarse con la votación comunista se debe a la baja importancia que presentan para el Partido Radical los centros urbanos industriales y las provincias mineras, y la mayor importancia relativa que tienen las provincias agrarias comparativamente con respecto al Partido Comunista.

La votación socialista se asocia negativamente con la votación nacional (-0.1). El Partido Socialista mantiene en rangos significativos provincias mineras como Magallanes, Atacama y Coquimbo; y también algunas agrarias como Valdivia y Osorno, que para el Partido Nacional carecen de importancia. De los centros urbanos industriales, Santiago aparece con una ubicación similar, pero Valparaíso se ubica mejor en la votación nacional, y Concepción adquiere este rango para la votación socialista. Pierden importancia para el Partido Socialista provincias agrarias como Linares, Cautín y Malleco, las que se ubican con mejor posición en la votación nacional, especialmente estas dos últimas.

Los socialistas y radicales carecen de asociación. En ambos casos la distribución electoral no ofrece especial asociación con algún tipo de provincia. Sin embargo, lo más importante, en términos de su diferencia, es la ubicación de la

provincia de Santiago, que para el Partido Radical tiene la última importancia, en cambio para los socialistas se encuentra entre las diez primeras provincias. Concepción y Valparaíso se encuentran, para los dos partidos, ubicadas casi al mismo nivel. En suma, la presencia o ausencia de votación de un partido, no supone alguna de las dos situaciones con respecto al otro.

La Democracia Cristiana y el Partido Comunista no presentan asociaciones. La Democracia Cristiana y el Partido Socialista presentan una asociación negativa pero baja (-0.3). Y finalmente el Partido Socialista y el Partido Comunista se asocian negativamente con relativa importancia (-0.4). Las provincias mineras tienen especial significación para el Partido Comunista, lo que no ocurre con respecto a la Democracia Cristiana. Para el Partido Socialista algunas de ellas carecen de importancia, pero otras se mantienen en los últimos lugares de la votación: provincias agrarias, en general, aparecen en los últimos lugares de la votación comunista, lo que no ocurre con la Democracia Cristiana y el Partido Socialista. Los centros urbanos industriales aparecen de mayor importancia para la Democracia Cristiana que para el Partido Comunista. En el caso de la votación socialista, la significación de los centros urbanos industriales es aún inferior a la de este último; este rasgo permite una asociación negativa entre Democracia Cristiana y Partido Socialista.

Adquiere singular valor la asociación negativa entre Partido Comunista y Partido Socialista. Parecería que la presencia de votación socialista o comunista implica la ausencia de la votación del otro partido, con exclusión de la provincia de Santiago. Es claro que el Partido Comunista radica su potencial electoral, en primer término, en las provincias mineras, seguido de una importante gravitación en los centros urbanos industriales, careciendo de importancia su contingente electoral agrario. En el caso socialista, adquieren relativamente mayor rango las provincias agrarias, los centros industriales no adquieren rasgos relevantes, especialmente Valparaíso, y con respecto a las provincias mineras, se distribuyen a lo largo de todo su ordenamiento.

## II. La Vinculación de los Partidos con la Estructura Económica

El análisis del desarrollo económico hecho para la última década<sup>1</sup> denota que Chile se ha incorporado al grupo de países de América Latina que en los últimos quince años han sufrido, como producto de la asimilación del proceso tecnológico, un carácter necesariamente concentrador y excluyente de su desarrollo. Es así como es posible distinguir sectores modernos, intermedios y primitivos, tomando como indicadores la eficiencia de la organización, la productividad creciente, los niveles tecnológicos y la dotación de capital por persona ocupada. Ello es observable no sólo en el conjunto de la economía, sino también en cada una de las principales áreas de la actividad económica. Con todo, la asimilación técnica ha tendido a concentrarse en determinadas actividades, en tanto que segmentos importantes han quedado al margen del proceso de tecnificación.

<sup>1</sup> Como fuentes: Pedro Vuskovic, *Concentración y marginalización*, provisional, mimeo, 1970; Aníbal Pinto, *Diagnóstico, estructuras y esquemas de desarrollo en América Latina*, provisional, mimeo, 1970.

Dentro de una tasa de expansión relativamente baja para la economía nacional, del 4 a 5%, de aumento anual del producto global, se pueden encontrar ritmos de crecimiento del 8% o más en el sector moderno. Esta situación necesariamente implica una discriminación en términos del ingreso de los contingentes laborales que, de alguna manera, se encuentran adscritos a los diferentes sectores económicos. De un ingreso promedio por habitante de 400 dólares anuales, para el conjunto de América Latina, es posible llegar a los 2.000 dólares por año para el reducido sector que no pasa de un octavo de la población activa, que se vincula al sector moderno.

Importante gravitación adquiere esta situación en relación a los problemas de desempleo y subempleo que presentan nuestros países. Al parecer, el proceso de concentración del crecimiento genera sectores de alta productividad por mano de obra, que requieren de contingentes relativamente pequeños de trabajadores, altamente rentados en relación al promedio. Pero, además, absorben importantes segmentos de las tasas de capitalización, que en parte se canalizan a la mantención del mercado de los bienes de consumo duradero, todo lo cual implica la dificultad de absorción, por parte de los sectores más tradicionales de la economía, de la mano de obra disponible.

El proceso enunciado acentúa la disparidad del desarrollo regional dentro de cada país, así como también genera sistemas específicos de estratificación, al nivel de cada uno de los grandes conglomerados sociales que se analizaban tradicionalmente. Es posible distinguir, y sólo a vía de ejemplo, un proletariado industrial moderno y uno tradicional; estratos medios igualmente divididos, ya sea que se trate, en términos de su origen, de una burocracia estatal o privada. Igualmente advertimos la presencia de una burguesía moderna, vinculada naturalmente a los sectores de mayor concentración y dinamismo.

Considerando las actividades económicas que porcentualmente absorben significativamente la mano de obra activa en cada provincia, como actividad industrial, servicios, comercio, minería y agricultura, logramos un ordenamiento provincial que en forma aproximada nos indica los rasgos de la presencia de cada provincia en la estructura económica nacional.

Las características del desarrollo económico en los términos bosquejados nos hacen suponer la presencia de los sectores industriales actualmente más dinámicos, en las zonas de mayor concentración industrial.

La correlación de este ordenamiento con la votación de los diferentes partidos, aplicando el mismo coeficiente anterior, nos entrega resultados aproximados, pero ilustrativos.

Nacionales y radicales presentan como única asociación positiva la que obtienen en relación con la actividad agrícola (+ 0.5 y + 0.3, respectivamente). En relación con los demás indicadores, el Partido Radical presenta una asociación negativa y uniforme con todos ellos (- 0.4). El Partido Nacional se asocia en forma negativa o importante con minería (- 0.5), con servicios e industria (- 0.2) y comercio (- 0.3). Ya hemos anotado que los centros urbanos e industriales más importantes aparecen en el Partido Nacional en ubicaciones superiores a las obtenidas en el Partido Radical.

El Partido Nacional extrae su votación de los estratos tradicionales altos, ubicándose estos en las zonas de actividad agraria preferentemente. Sin embargo, la

presencia de sectores empresariales que correspondan a las actividades industriales más tradicionales, le permite mantenerse en los centros de mayor concentración industrial. La actividad minera, en general, sobre todo la que corresponde a la gran minería, en la medida en que es esencialmente dependiente de la inversión extranjera, excluye la presencia de empresarios nacionales. Por consiguiente, el Partido Nacional carece de votación importante en las provincias en que la población mayoritariamente se absorbe en esta actividad. Con todo, ciertas características del sistema político chileno, como es el clientelismo, permiten, para un partido de vieja tradición histórica, su presencia en todas las zonas del país.

El Partido Radical representaría, esencialmente, los sectores medios que emergieron al amparo del desarrollo de la actividad estatal. Consiguando, además, algunos grupos de empresarios, constituidos por el desarrollo de la política industrial de sustitución de importaciones, que recibe un impulso significativo con los gobiernos frentepopulistas de la década del cuarenta, y que frente a las características del desarrollo moderno aparecen vinculados a los grupos industriales más tradicionales. Sin perjuicio de esto, cuentan además con segmentos empresariales agrícolas oligarquizados, que se ubican en la zona agrícola sur. Lo anterior explica la presencia del Partido Radical en prácticamente todas las provincias que no concentran el proceso de desarrollo industrial moderno. Su desplazamiento de los sectores urbanos industriales más importantes ocurre en la medida en que la mayor parte de los empresarios tradicionales se ubican políticamente en el Partido Nacional, y es precisamente en estos centros, por efectos del mismo desarrollo, en que los sectores medios, especialmente burocratizados, se han modernizado, buscando en otros agentes políticos su verdadera representación.

La Democracia Cristiana aparece con asociaciones positivas con los indicadores de mayor modernismo por provincia, como son la presencia de industrias (+ 0.3), comercio (+ 0.3) y servicios (+ 0.5). Su asociación con minería es negativa, pero baja (- 0.1), y con agricultura es nula (0).

La Democracia Cristiana representaría una burguesía industrial moderna, es decir, aquellos sectores que emergen con la expansión vertiginosa de la siderurgia, la construcción, la petroquímica, y con todo el complejo industrial, comercial y financiero que orienta su proceso a la producción y mantenimiento del mercado de bienes de consumo duraderos. Este tipo de expansión, necesariamente, ha requerido una consecuente política fiscal—si advertimos que al menos el 70% de la inversión total en el país se hace por la vía de gasto público—lo cual ha implicado una modernización de la actividad estatal y, por consiguiente, de sus cuadros administrativos, generando una burocracia modernizada que se ubica especialmente en los grandes centros urbanos industriales, y que también expresa su participación política a través de la Democracia Cristiana.

Es importante anotar además que la Democracia Cristiana ha logrado alguna penetración en las provincias agrícolas a través de la reforma agraria, especialmente entre los trabajadores campesinos que se han beneficiado con este proceso de cambio inducido. Igual mención debe hacerse de su penetración en los sectores marginales urbanos a partir de su política de «promoción popular» que, en esencia, pretende lograr una mayor participación social de los sectores populares.

No aparece importante su votación en las provincias mineras, las caracterís-

ticas de este tipo de explotación en Chile no requieren de cuadros administrativos públicos de consideración.

La votación comunista se asocia positivamente con los indicadores de modernismo ya citados: industria (+ 0.3), comercio y servicios (+ 0.5). Especialmente importantes son sus asociaciones positivas con la actividad minera (+ 0.7), y negativa con las zonas agrarias (- 0.6).

Representa fundamentalmente el proletariado industrial urbano organizado y, en este momento, significa su penetración en los centros mineros. Es de menor importancia su representatividad en relación a los sectores trabajadores más tradicionales, como serían los campesinos. Estas asociaciones explican la significación que tienen para su votación las provincias mineras e industriales, careciendo de importancia aquellas en que la actividad fundamental es la agrícola.

El electorado socialista se asocia positivamente sólo con la actividad minera (+ 0.3) y con el resto de los indicadores su asociación es nula (0). Sin embargo, su significación nacional es casi equivalente a la votación comunista. Su presencia electoral es a través de todo el país sin distinción apreciable, en términos de importancia, relevante de los grupos de provincias mineras, industriales o agrarias. Representa, quizá, esencialmente sectores de trabajadores campesinos y urbanos tradicionales, agregando también sectores medios burocratizados provincianos e intelectuales vinculados a los servicios educacionales en los diferentes niveles del sistema. Mantiene una presencia importante en los centros mineros, especialmente de la mediana y pequeña minería. Aparece de manifiesto la heterogénea composición de su electorado. Se vincula políticamente con sectores medios y populares, pero en ningún caso estos aparecen adscritos a las actividades industriales más dinámicas.

El sector moderno entonces se representa políticamente en términos fundamentales por los partidos Demócrata-Cristiano y Comunista. De alguna manera, sus asociaciones anotadas permiten intuir su vinculación electoral esencial a las zonas que han experimentado el nuevo tipo de desarrollo económico. Sin duda que, de todas formas, dentro del mismo sector, constituyen expresiones de clases. Por otra parte, el sector tradicional buscaría su representación política especialmente en los partidos Nacional y Radical.

El Partido Socialista aparece con rasgos muy especiales, por una parte se vincula a sectores sociales que de alguna manera sufren formas de exclusión y desplazamiento producidas naturalmente por la mayor concentración económica. En cierta forma se adscribe a actividades económicas más tradicionales. Sin embargo, además, posiblemente la representación de las concepciones más radicales que se plantan en la política contingente nacional. Se supondría que esta política como partido la asume como forma de reflejar las reivindicaciones de los sectores menos favorecidos por el desarrollo económico, contingencias que al parecer contribuyen a su radicalización.

### III. Tipos de Conflictos

El conflicto político reflejaría, entonces, la pugna de intereses que admiten dos tipos de manifestaciones. Por una parte, las que expresan el antagonismo entre el sector moderno y tradicional, y por otra, los intereses de clases con expresiones políticas consecuentes manifestadas por los agentes dentro de cada sector.

Ambos tipos de conflictos se interrelacionan componiendo una situación integral que se expresa en determinadas formas de alianzas.

Es natural que los sectores económicos que reflejan la contradicción económica del nuevo tipo de desarrollo pugnen por mejorar su condición en el reparto del potencial económico nacional, en un caso para mantener el dinamismo de su desarrollo que en algunas áreas industriales alcanza niveles propios de una sociedad desarrollada y, en otros, para mantener un orden de actividad económica que permita su supervivencia.

La importancia de la actividad fiscal para el desarrollo del país, en términos del efectivo control que tiene el Estado, del crédito, las inversiones y la política salarial, hace que el conflicto se refleje en las postulaciones de poder de los dos sectores.

De alguna manera, la pugna económica refleja el conflicto de clases que se produce en cada uno de ellos, en la medida en que las reivindicaciones económicas de los trabajadores asumen el rasgo de políticas de clases.

Estos dos tipos de conflictos configuran cuadros de políticas contingentes, que permiten ciertos tipos de alianzas que podríamos calificar en algunos casos de alianzas de clases, como la que está implícita en todo el conglomerado político que propugna y dinamiza el proceso de reforma agraria, que fundamentalmente atenta contra los intereses de los estratos tradicionales más altos. En dicho frente se encuentran las capas trabajadoras, tanto tradicionales como modernas, con presencia significativa de burguesía industrial, más dinámica. De hecho, se manifiesta también esquemas de alianzas, que expresan conflictos de clases, sobre todo cuando la pugna tiende a agudizarse como producto de la mayor organización de los sectores trabajadores, que adquieren por consiguiente una mayor capacidad de presión, que llega a expresarse como alternativa de poder o, más simplemente, como meras políticas reivindicativas.

Circunstancialmente también se produce una alianza política que representa a todos los sectores de mayor poder económico, sin distinción de grupos, para enfrentar la presión de los trabajadores, especialmente cuando esto ocurre en las actividades industriales y mineras.

### IV. Características de los Distintos Grupos Sociales y Relación con el Conflicto Político

#### *La burguesía*

En relación con los datos anteriores, ¿se podría hablar entonces de una oposición entre una burguesía moderna y una tradicional?

Las investigaciones económicas actuales señalan la característica que asume el proceso de industrialización en los últimos años. La estructura productiva industrial gira cada vez más en torno a la demanda que proviene de los sectores de altos ingresos; estos sectores de altos ingresos están concentrados en un reducido grupo cuyo carácter es fundamentalmente urbano; el tipo de demanda es la de bienes de consumo duradero. Un estudio hecho por la Corporación de Fomento señala que: «la tasa de crecimiento anual del valor agregado, generado por estos últimos sectores [productores de bienes de consumo duradero], crece entre 1960-65 a un

promedio de un 10,8%, mientras que las tasas correspondientes a los sectores de bienes no durables e intermedios son de 4,6% y 8,4%, respectivamente.<sup>2</sup>

La diferencia entre estos dos sectores es clara (industria de sustitución fácil y de consumo duradero), pero ¿basta el hecho de una diferenciación para suponer una contradicción entre estos grupos? Con alguna probabilidad puede suponerse que el sector moderno se encontrará mejor representado en un partido que en otro. Y lo mismo puede decirse del sector «tradicional»; por ejemplo, es *vor papiri* la significación del llamado «grupo metalúrgico» en la Democracia Cristiana, pero hay otros elementos que contribuyen a atenuar las diferencias de la burguesía en términos de cada partido, y quizá sí el más importante sea el carácter oligopólico del sector fabril. Víctor Brodersohn subraya, en un estudio sobre la burguesía industrial, la importancia que alcanza en determinados sectores la producción de una sola empresa: «en bebidas es el 42,3%, en tabacos el 92,3%, en muebles el 37,2%, en papel el 86,2%, en caucho el 78,3%, en petróleo el 93,3%, en metales básicos el 47,5%».<sup>3</sup>

Como puede observarse, este rasgo monopolístico abarca tanto a las industrias que pueden considerarse «tradicionales», como a las «modernas»; apunta el autor: «que la producción de sólo diez empresas, cubre más de la mitad de la producción de cada rubro, y esto para la mayor parte de los diferentes sectores industriales». Hay pues un hecho común entre ambas burguesías, «tradicional» o «moderna», la forma monopolística de su acción económica.

Por otra parte, como lo han señalado varios autores, el desarrollo de la economía chilena se ha caracterizado por un grado creciente de concentración del poder económico; estrechamente ligada a este proceso se da una intrincada red de vinculaciones entre los distintos sectores de la burguesía. Aún más, históricamente se puede mostrar de qué modo la burguesía mercantil financiera —grupo durante largo tiempo predominante en la economía nacional— ha traspasado parte de sus capitales hacia la industria.

Conviene anotar que uno de los supuestos más en boga hace algún tiempo en el análisis predictivo del desarrollo de nuestra economía era el de la necesidad de la burguesía industrial de ampliar sus mercados, para lo cual, inevitablemente, tendría que profundizar las reformas internas —especialmente en el agro—, las que crearían este mercado. Subráyese que este supuesto aún permanece en algunas de las ideologías políticas existentes. Sin embargo, ha quedado en claro que el iniciar tales transformaciones puede afectar —y afectar— la distribución del poder, debido a la puesta en marcha de un proceso de cambio social cuyos límites difícilmente pueden preverse. Frente a este hecho no resulta tan extraño entonces el interés que actualmente se tiene en la posibilidad de abrir mercados exteriores. Lo que se señala es una actitud relativamente nueva: una encuesta hecha por CEPAL en 1962<sup>4</sup> señala que, en esta fecha, de los 46 industriales entrevistados, sólo 19 dijeron haber iniciado algunas medidas en relación a la zona de libre comercio que en ese entonces se proyectaba. Las medidas iban desde el simple obtener

mayor información respecto a la iniciativa a estudios de costos y sólo en algunos casos ampliación de la producción existente.

Otro supuesto importante, tanto en el análisis económico como en las ideologías políticas, fue el suponer una posible contradicción entre la así llamada «burguesía nacional» y las intenciones de predominio del capital externo. Sin embargo, puede señalarse que incluso las políticas fiscales han favorecido la dependencia de la industria nacional respecto al capital externo.

Un análisis hecho por el Instituto de Economía de la Universidad de Chile señala que: «el gobierno fomenta la radicación de capitales extranjeros, así como desarrolla una acentuada política de endeudamiento externo. Algunas cifras disponibles indican que a este último arbitrio recurre el sector privado local. Éste, entre 1958 y 1961 aumentó sus deudas en el extranjero en un 200% (de cien millones de dólares en 1958, a 300 millones en 1961)».<sup>5</sup> Siendo el hecho conocido, sobre todo para las industrias mayores, se pensó sin embargo que la pequeña y mediana industria mantendrían la contradicción respecto a la industria más vinculada al capital externo. Incluso se señalaba que estas industrias mayores necesariamente eran dependientes por la necesidad de recurrir a una tecnología avanzada que no podían crear por su propia cuenta, pero que este hecho no tenía por qué darse en el caso de industrias medianas y pequeñas, manteniéndose de este modo un sector de «burguesía nacional». El estudio de Corzo ya citado señala en la página 54: «Se observa una tendencia creciente a usar licencias de marca en productos de tecnología relativamente simple que, por desenvolverse en un mercado de marcas bastante competitivo, ven mejoradas sus posibilidades de comercialización con una licencia de prestigio y ampliamente reconocida por el público. Este tipo de royalty, desde el punto de vista del aporte tecnológico al desarrollo industrial, no tiene interés para el país, y significa un egreso importante de divisas».

En suma, si bien es cierto que puede distinguirse un sector de «burguesía tradicional» y un sector de «burguesía moderna», aunque ambas pudieran reconocer en parte afiliaciones políticas distintas, el carácter oligopólico y de alta concentración del capitalismo chileno implica estrechas interconexiones entre ellos.

Por otra parte, es dudoso que algún sector de la burguesía profunde una política de transformaciones en contradicción con otros grupos de poder, puesto que el desequilibrio causado en la estructura de poder social podría afectar sus propias bases de dominación. Además, difícilmente puede seguirse sosteniendo la idea de una contradicción entre un sector de «burguesía nacional» y el capital externo o con una burguesía ligada a este último.

#### Los sectores de clase media

La mitología política chilena —y todo mito tiene algo de verdad— ha destacado la significación e importancia que tiene la denominada «clase media» en la conducción de la «cosa política».

<sup>2</sup> Corzo, *Diagnóstico del sector industrial*, febrero de 1968, p.9.

<sup>3</sup> Brodersohn, Víctor, *Consideraciones sobre el carácter dependiente de la burguesía industrial chilena*, año 1969, mimeo, p.10.

<sup>4</sup> Corzo, *El empresariado industrial en América Latina*, 1963, p.18.

<sup>5</sup> Instituto de Economía, *La economía de Chile en el período 1950-1963*, Universidad de Chile, publicación 60, tomo I, p. 80.

El papel de esta clase se aclara cuando se vincula su actuación política a su comportamiento en el ámbito de lo económico. Señala Aníbal Pinto\* que estos sectores se ubican por lo general fuera de los «comandos del sistema de producción». Los grupos más importantes aparecerían ligados al sector de servicios, ya sea como profesionales, empleados públicos, pequeños comerciantes, etcétera. No significa esto, sin embargo, que estén absolutamente desligados del «poder económico», pero sus vínculos se han establecido a través de las empresas que nacieron «gracias a la directa protección o subsidio del Estado». «Subrayemos que este último mecanismo permitió a personajes importantes y representativos de la clase media convertirse en florecientes 'nuevos burgueses'».

A menudo se ha señalado que en los momentos de predominio de la clase media en la dirección del Estado, la política económica aparece como incoherente, se percibe lo que el autor citado señala como «ausencia de una política definida y estable para ordenar el proceso económico»; la incoherencia se manifiesta en la «proliferación de una verdadera batería de arbitrios directos, medidas ocasionales, legislaciones de ocasión que, lamentablemente, para una buena parte de la opinión pública terminan por ser los reflejos más significativos de la participación estatal en la vida económica».

Pero esta incoherencia, ¿es simple incoherencia o reflejo de una política vacilante frente a intereses contradictorios? El mismo autor cita un estudio del Instituto de Economía<sup>7</sup>, en donde se hace mención a un período que puede caracterizarse como de presencia de la clase media en la gestión política (1940-1955). La cita señala lo siguiente: «La política económica estatal ha estado llena de incongruencias en estos años, por ejemplo, los subsidios de las importaciones de consumo masivo a través de cambios preferenciales, mientras al mismo tiempo se aumentaban los impuestos indirectos, cuya mayor parte pesa sobre la masa consumidora; el mantenimiento de tarifas artificialmente bajas en algunos servicios públicos y el interés puesto en sus necesidades de capitalización; la importación de productos agrícolas con tipos de cambios bajos y el desecho de aumentar la producción interna de los mismos artículos; la política de restricción de créditos y paralelamente la continuación del sistema de reajustes legales de las remuneraciones; la resistencia a crear impuestos, que puedan resultar en una eventual disminución del poder de compra, mientras, por el otro lado, el déficit fiscal infla los precios reduciendo el poder de consumo, y otros».

Esta suma de incongruencias señala a una clase tironeada por intereses contrapuestos y en donde su incapacidad de decisión la obliga a adoptar la única política posible, una política que intenta ser conciliatoria, pero que sólo resulta ser vacilante y contradictoria. Es por esto por lo que podemos suponer que el comportamiento político de la llamada clase media difícilmente constituye una alternativa propia, sino que pasa a ser reflejo de las contradicciones entre grupos más importantes.

Pueden señalarse algunos indicadores de lo que anotamos. En el estudio ya citado de Brodersohn se apunta el hecho de que: «Algunos núcleos del sector político, así como de la alta burocracia pública, lentamente van integrándose a la burguesía chilena». Se redifine de esta manera la función económica del Estado —en la conducción del cual a la clase media se le atribuye importancia— y la política de los organismos de promoción del desarrollo pasa a desempeñar «un papel de asistencia técnica y financiera de las empresas privadas».

Hay un hecho que queremos destacar aunque no tengamos los datos para comprobarlo. La hipótesis que hemos utilizado para interpretar la conducta «vacilante» de la clase media señala el hecho de que ésta es reflejo de las contradicciones entre grupos más importantes, burguesía y proletariado en sentido amplio, de modo que el comportamiento de la clase media dependería del rasgo que asume esta contradicción, pero creemos que la elección entre una y otra alternativa no sólo está determinada por el predominio de una u otra de las clases en pugna, sino también por las transformaciones internas de la propia clase media. La existencia de dos tipos de conflicto, uno «moderno» y otro «tradicional» —en el sentido antes definido— incorpora a estos sectores. Es posible entonces hablar de una «clase media moderna» y una «clase media tradicional», en donde los intentos de alianza que estos grupos realizarán estarán muy determinados por el tipo de estructuras en el que aparecen insertos, y por el predominio que un sector, «la clase media moderna», por ejemplo, logre establecer sobre el otro.

### El proletariado obrero

El tipo de industrialización moderna a que se ha hecho referencia se expresa en un agudo proceso de diversificación de los sectores populares. Se ha señalado a menudo que el tipo de industria moderna implica una limitada absorción de mano de obra; a este hecho se suma el incremento relativo de los salarios de los obreros de las industrias. Estos dos elementos: número reducido de personas incorporadas y nivel de salarios relativamente más altos, implican que los obreros industriales se constituyan en un grupo privilegiado dentro de las clases populares. Ahora bien, a esta diferenciación del conjunto de los obreros industriales respecto al resto de los sectores populares se agrega la creciente estratificación en el seno de los mismos obreros industriales. Los trabajadores mejor remunerados de la industria moderna pasan a constituir la así llamada «aristocracia obrera», lo que no sólo constituye una situación de hecho, sino que también se manifiesta al nivel de la conciencia y del comportamiento político.

A menudo se ha intentado explicar una cierta ausencia de una política definida y por parte de los sectores obreros y populares en función de la debilidad organizativa de estos mismos sectores. Un estudio hecho sobre los sindicatos chilenos por Adolfo Guirrieri<sup>8</sup> permite dudar en alguna medida de esas afirmaciones. Un cuadro de afiliación sindical por industrias arroja los resultados del Cuadro N.º 1.

\* Pinto, Aníbal: *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1959, p. 133.

<sup>7</sup> Instituto de Economía: *Desarrollo económico de Chile. 1940-1955*.

<sup>8</sup> Guirrieri, Adolfo: *Consideraciones sobre los sindicatos chilenos*. II tesis, Santiago, 1968. Preliminar, mimeo. (Hemos utilizado este estudio profusamente en las páginas siguientes)

Cuadro N° 1

Tasa de afiliación a sindicatos industriales por sector industrial (1965)

Sector	Tasa de afiliación %
Alimentación	52,62
Bebidas	90,26
Tabaco	55,67
Textil	72,57
Calzado	64,35
Madera	38,76
Muebles	72,98
Papel	80,13
Imprentas	13,60
Cuero	50,21
Caucho	96,62
Química	52,92
Productos industriales no metalúrgicos	83,98
Metalurgia	100,00
Metal sin transportes	34,67
Maquinaria sin electricidad	12,08
Maquinaria eléctrica	71,16
Materiales de transporte	8,28
Petróleo	45,32
Otros	10,37

Como se ve, aunque hay importantes variaciones, la tasa de afiliación no es tan baja como a veces se supone. El cálculo hecho por Currier muestra que la tasa de sindicación de obreros industriales, que pueden sindicarse (es decir, aquellos que trabajan en industrias de más de 25 obreros, límite legal que permite la sindicación) alcanza al 57,58%.

El comportamiento político de los obreros industriales —por lo menos su relativa no expresión de una política propia— difícilmente se explica por su debilidad organizativa. Creemos que de mayor importancia, en términos explicativos, es el carácter de «relativamente privilegiados» a que antes aludimos.

Ilustrando lo que señalábamos ya se mostró cómo los partidos de «izquierda» tienen altos coeficientes de votación en las regiones mineras; ahora bien, en el estudio que citamos se señala que: «En la gran minería del cobre, los sindicatos cubren prácticamente a la totalidad de los obreros y empleados y lo mismo sucede en las grandes explotaciones de salitre y carbón»; sin embargo, son comunes en estos partidos los intentos y proposiciones de alianza con otros sectores sociales, de clase media, o la llamada «burguesía nacional».

El problema que intentamos plantear es el siguiente: existe —es innegable— un gran número de sectores populares no organizados, pero este hecho no es tal para los sectores de obreros industriales o mineros, pero estos últimos difícilmente logran establecer un liderazgo sobre la totalidad de los grupos populares

apoyándose en su propia capacidad organizativa; es su propio carácter de grupo «relativamente privilegiado» lo que se lo impide, y su tendencia es establecer alianzas que precisamente permitan la mantención de su relativo privilegio.

La diferenciación a que aludimos entre sectores obreros industriales y sectores populares se manifiesta también en el seno mismo de la industria. Es aún de suma importancia en Chile, en la estructura de la mano de obra industrial, el número de la mano de obra artesanal. Estimaciones hechas en 1957 señalaban: «Del total de la población actual de la industria manufacturera, un 49,81% pertenecía a la industria artesanal». Este contingente constituía un número mayor a las 200 mil personas<sup>4</sup>.

Hacemos hincapié, pues, en que es la diferenciación la que explica el comportamiento y no la supuesta debilidad organizativa.

A otra hipótesis se acude también a menudo para explicar el comportamiento de los sectores obreros: ésta es la de suponerles un origen rural reciente. Si la hipótesis puede tener una cierta validez al nivel latinoamericano en su conjunto, caben algunas dudas en lo que a Chile se refiere; en el estudio que estamos tomando como base se anota: «es probable que se haya sobrestimado el número de emigrantes que se incorporaba a la industria, hay diversos indicios en el análisis de la mano de obra industrial chilena que hacen suponer que está compuesta por contingentes predominantemente urbanos», e incluso se subraya que algunos estudios muestran «que una buena proporción de emigrantes que se dirigían a las zonas de industrialización, proceden de otras ciudades, de pueblos e incluso de zonas desde el punto de vista censal, pero su ocupación anterior no era necesariamente rural»<sup>10</sup>.

Convienes pues hacer hincapié en el análisis de la heterogeneidad de la clase obrera, la cual proviene de la heterogeneidad misma de la estructura industrial y quizá no tanto de una diversidad de origen, como implicaría el interés puesto en la proveniencia de sectores rurales.

Se distinguen las industrias chilenas por la existencia de niveles diversos de tecnificación, por el uso de una intensidad de capitales distintos, y por la coexistencia de variadas formas de producción. Por consiguiente, el tipo de conflictos o, mejor dicho, el modo como estos se expresan, es distinto en cada caso, a lo que corresponde una diversidad de orientaciones de conducta del grupo obrero.

Hecho importante en esta diversidad es el monto de los salarios que los obreros alcanzan. En la encuesta industrial hecha por la Corporación de Fomento en Santiago, en 1957, queda de manifiesto cómo aumentan los salarios a medida que aumenta el tamaño de la empresa. Algunos ejemplos son ilustrativos: en la pequeña industria del vestuario y del calzado, el promedio de insumos de mano de obra *per cápita* era de E° 251, en la gran industria del tabaco era de E° 1.008, y en la gran industria de derivados del petróleo y carbón era de E° 1.002.

Nuestro supuesto es que esta diferenciación en el seno de la clase obrera influye de modo determinante en el tipo de conciencia y por consiguiente en el comportamiento político.

<sup>4</sup> Currier, A. *op. cit.*, p. 32.

<sup>10</sup> A. Currier cita el estudio de Bruce H. Herick *Urban migration and economic development in Chile*. MIT Press, Massachusetts, 1965.



Un estudio comparativo entre obreros pertenecientes a la moderna planta siderúrgica de Huachipato y los obreros de las minas de carbón de Lota —que pueden caracterizarse como de estructura tradicional— ejemplifica lo que queremos señalar. Al preguntarse por la identificación subjetiva de clase de los obreros, se obtienen los resultados que pueden verse en el Cuadro N° 2<sup>11</sup>.

Cuadro N° 2  
Identificación de clase subjetiva y tipo de industria

	Huachipato %	Lota %
Clase obrera	14	15
Clase asalariada o proletaria	6	15
Clase baja	23	45
Otras e indep.	4	7
S/R	4	4
Clase media	51	14

Es de destacar el alto porcentaje de identificación subjetiva con la clase media en la moderna industria de Huachipato (51%). Esto confirma lo que apuntábamos: los obreros de la industria moderna, grupo relativamente privilegiado, con mayor capacidad organizativa, tienden a identificarse con los grupos altos, y a adoptar un comportamiento político consecuente con este hecho.

En el estudio que comentamos se subraya precisamente el rasgo de comportamiento de estos obreros. No se trata —se dice— de una disminución de las actitudes o actitudes sindicales y políticas, sino que se las colorea en forma especial; a la acción política y sindical se le da «un tinte que podríamos llamar más reformista, caracterizado por una mayor aceptación de las estructuras sociales existentes y una mayor tendencia a considerarse como miembros de la clase media, participantes en mayor medida, por lo tanto, de algunas de las formas culturales y valores de la sociedad global»<sup>12</sup>.

Junto a este grado de identificación con la «sociedad global» —que no es otra cosa que identificación o subordinación de los intereses de la clase obrera, a los intereses de otras clases— los obreros de la industria moderna tienden a separar sus intereses del resto de la clase obrera.

A este respecto, en el trabajo de Gurrieri se anota: «En las empresas 'modernas' se observará un sindicalismo orientado hacia la integración del obrero en la sociedad, un cierto *commitment* industrial y sindical, que deriva del 'contexto de satisfacción' en que se trabaja. Las acciones reivindicativas se llevan a cabo dentro de los límites de la empresa y no se recalcarán los aspectos políticos del movimiento obrero. Habrá por lo tanto una doble separación: a) del sindicato de

la empresa con respecto a federaciones y centrales y b) de los aspectos sindicales de los propiamente políticos de la orientación obrera»<sup>13</sup>.

Dejemos en claro que no es que estos obreros no hagan política, sino que el contenido que ésta tiene es de adhesión o alianza con la política de otras clases y principalmente con los estratos superiores a ellos.

Es importante señalar otros hechos relativos a la heterogeneidad del grupo obrero y las formas de su conciencia. Existen también en las empresas tradicionales algunos grupos orientados a la integración en el sistema social vigente o, en forma más precisa, a identificar su suerte con sus posibilidades de ascenso dentro de las empresas en que trabajan, en este caso la actitud de estos grupos se traduce en una cierta *apatía* o *abandono* de posiciones sindicalistas o políticas, en suma, en adhesión a la política de otros.

En lo que llevamos señalado conviene destacar que, a la heterogeneidad que deriva de las mismas características de la industria, se agregan los ordenamientos legales sobre la sindicación que acentúan la diversidad y debilitan aún más al movimiento obrero. El estudio que estamos citando como fuente resume los efectos de la legislación en los términos siguientes: «a) tiende a dispersar el poder potencial de los sindicatos al crearse distintos modos de organización para los varios sectores de la mano de obra; b) acentúa la estratificación interna de los sectores obreros, al permitir en algunos la formación de organizaciones fuertes y reducir a otras a débiles sindicatos. Incluso a la imposibilidad de formarlos; c) dificulta la formación de federaciones y centrales, dispersando aún más el poder de los sindicatos»<sup>14</sup>.

A los elementos internos se suman entonces las disposiciones del sistema de dominación legal, que contribuye a acentuar las dificultades de elaboración de una política que represente unitariamente el conjunto de los intereses de la clase obrera.

#### Los sectores campesinos

Quizá el hecho de mayor significación en los últimos años en Chile lo constituye lo que en jerga política se denomina «el despertar de la conciencia campesina». Son innegables las repercusiones que este hecho ha tenido y la necesidad de los partidos de incorporar el planteo del tema en un sitio de preferencia. Sin embargo, temores o esperanzas oscurecen a menudo la cara real del proceso. Un estudio reciente nos da pie para señalar algunos temas *controvertidos*<sup>15</sup>.

Uno de los problemas en discusión es el del carácter que asume la conciencia campesina. Se apunta en el trabajo citado que en la mayoría de los casos «la conciencia de clase se refiere al patrón y no se traduce a nivel de la sociedad en general». En otros términos, el enfrentamiento y la percepción de conflictos se reduce al ámbito estrecho de la relación patrón-campesino; lo que no tan sólo limita las posibilidades de acción del grupo en relación a su alianza con otros sectores sociales, sino que también influye

<sup>11</sup> Gurrieri, A., *op. cit.*, pp. 48-49.

<sup>12</sup> Gurrieri, A., *op. cit.*, p. 35.

<sup>13</sup> Lehmann, David: *Hacia un análisis de la conciencia de los campesinos* (borrador para discusión) mimeo, 1969. (En este trabajo nos basaremos en las líneas que siguen).

en el tipo de solidaridad dentro del propio sector campesino; la solidaridad—dice el autor— parece referirse principalmente al fundo donde trabajan. Esto no significa que no se den—de hecho existen— movimientos campesinos que sobrepasan los muros de un fundo, pero para esto se requiere el arduo trabajo de dirigentes comunales y nacionales que tienen que romper la tendencia al «aislamiento a que se hacia referencia».

Una de las hipótesis más socorridas para explicar el carácter de la conciencia campesina es aludir a la permanencia de un «paternalismo» en la relación entre patronos y campesinos.

Se ha hecho hincapié en el caso de esta hipótesis en los factores psicológicos que connota por ambas partes la relación de «paternalismo»; la conclusión a que llega Lehmann es interesante: «podemos decir que el paternalismo no depende de factores psicológicos, los cuales serían remediables sólo por un proceso de concienciación o de promoción, sino que depende de cálculos racionales de ambos lados, así como de la capacidad económica de los patronos para pagar el precio necesario. La conducta aparentemente sumisa de los campesinos muchas veces refleja una comedia que ellos hacen al patrón, porque saben que así pueden obtener con mayor facilidad los favores que buscan». Lo dicho tiene interés porque rompe un poco ciertas visiones «idílicas»—podríamos decir— del campesinado, en las cuales se supone a éste como viviendo en un estado de total y absoluto engaño, en donde bastaría mostrar la verdad para conseguir un nuevo comportamiento. El tipo de relaciones sociales en que está incorporado el campesino es mucho más complejo de lo que esa visión supone, y no están ausentes en ellos un cálculo racional de los grupos participantes. Estos tipos de conciencia que se bosquejaban, ¿cómo influyen en la politización del campesinado? Se apuntaba que el conflicto para la mayoría es un enfrentamiento con el patrón; que la conciencia, por así decirlo, se cierra al nivel del grupo campesino. A menudo los partidos políticos les aparecen como grupos distintos a ellos, es más, difícilmente perciben a los partidos políticos como el representante de alguna clase social, sino simplemente como «grupos que luchan por el poder».

En esta pugna tales grupos ofrecen ciertos servicios a los campesinos, y a ellos toca elegir sopesando las posibilidades y consecuencias.

No se señala, en lo que va dicho, que no existe adhesión a un partido u otro, lo que se pretende determinar es si esta adhesión implica realmente un contenido ideológico. Citando al autor: «Muchas veces y sobre todo en los asentamientos<sup>16</sup>, las divisiones internas toman una cara política. Parece que estas divisiones radican en diferencias ideológicas, pero no es así. Es simplemente que cada grupo confía en un político distinto y desconfa totalmente en el político que asesora al otro. Este tipo de conflicto a menudo se basa en una división de otro orden, como dos bandos que se forman en distintas partes del fundo donde viven, o dos bandos que tienen una base económica antagónica, como son los asentados y los contratados».

No son ajenos a este proceso los modos específicos que ha asumido la relación política con los campesinos. La mayor parte de las veces las estructuras políticas existentes entroncan con los campesinos a través de una relación de «clientela». Este clientelismo impide a menudo la formación de una conciencia de clase que supere la

natural adhesión a un tipo de solidaridad que se da en marcos muy estrechos.

Otro elemento que se destaca en el estudio es la concepción que tienen los campesinos del Estado: para éstos—se dice— «el Estado o el gobierno no representa a otros grupos sociales sino que es una entidad autónoma». En el marco de la conciencia campesina, el Estado pasa a ser un elemento de la estructura social con el cual pueden entrar en una alianza en la medida en que la acción de éste los favorezca.

Esta forma de conciencia a la que se ha hecho mención, ¿qué posibilidades reales tiene de transformación? Se ha discutido a menudo si los asentamientos, que implican ciertas formas cooperativas de acción, pueden constituir el embrión de una nueva conciencia. La posición de Lehmann es pesimista para algunos y optimista para otros y con seguridad discutible, pero con ese mismo fin conviene consignarla: «Se supone que a medida que pasa el tiempo la conciencia campesina en el sector reformado se asemejará cada vez más a la de los pequeños propietarios, aún si por razones de eficiencia se crean organizaciones de cooperación, cuyo papel sería poner una institución comunitaria al servicio de los intereses de los individuos».

## V. Las Formas del Enfrentamiento Ideológico

Lo que llevamos dicho nos conduce a plantearnos el problema de cómo se expresan en el plano ideológico-político las relaciones entre los distintos grupos y sectores sociales. Es necesario situar el tema desde alguna perspectiva y aquí intentamos hacerlo desde el ángulo de la «izquierda», aunque vago e impreciso parezca el término.

### *Permanencia de la ideología del Frente Popular*

Es por todos reconocida la importancia que tiene en la formación del pensamiento ideológico de la «izquierda» y en vastos sectores sociales la experiencia del Frente Popular que se inició en 1938 y, con altos y bajos, puede decirse que perduró por casi 10 años. De ahí en adelante muchos de los intentos fueron, a través de un modo u otro, reconstruirlo.

El tema podría formularse del modo siguiente: si la situación en que se gestó el Frente Popular evidentemente ya no es la misma, ¿qué hace que su «ideología» se mantenga? Antes de intentar señalar algunos puntos a este respecto, conviene una breve referencia al Frente Popular mismo<sup>17</sup>.

El hecho incontestado es el de la participación obrera en la política a través de la alianza con los sectores medios. Son muchas las críticas que a esa alianza pueden hacerse, tal como la que se refiere al carácter apendicular que el sector obrero desempeñó, o que la política fue fundamentalmente de asimilación al sistema y por consiguiente lo único que realmente se obtuvo fue tan sólo ampliar las bases del poder dominante; pero lo que marcó la experiencia fue la conciencia de participación política, cualquiera que sea el rasgo que ésta haya tenido.

No queremos decir con esto que el modo que haya adoptado la participación no sea importante y sólo vale la participación *per se*, muy por el contrario, ésta influye de manera decisiva.

<sup>16</sup> Los «asentamientos» constituyen uno de los modos específicos que ha adoptado la propiedad con la reforma agraria.

<sup>17</sup> Utilizamos fundamentalmente un trabajo inédito de Hugo Zentelman *Sobre el Frente Popular chileno*.

La experiencia del Frente Popular, ¿significó realmente una experiencia de enfrentamiento con la «oligarquía», en términos políticos, o con la «burguesía», en términos más precisos? Pareciera que no, la política de industrialización, por ejemplo, que el Frente Popular impulsa no se lleva a cabo por una obligación de inversión a los grupos dominantes, sino que se financia con impuestos indirectos y con la utilización del Estado, señalése de paso que esto implicó el consiguiente aumento de la burocracia fiscal y semifiscal, para satisfacción de los sectores medios.

Por otra parte, el período coincide más o menos con un crecimiento del ingreso real<sup>18</sup>, crecimiento que alcanzó para el total de los grupos a un 40% de 1940 para todos. «El mundo obrero» aunque a través de todo el período representó alrededor del 57% de la población activa, sólo acrecentó su remuneración efectiva en un 7%. Los sueldos en cambio —los trabajadores de «cuello blanco»— elevaron su ingreso real en un 46%, que es superior al del conjunto. El sector no asalariado, de propietarios, empresarios y prestadores independientes de servicios, también cosechó una mejor participación en el proceso, subiendo su renta efectiva en un 60%. Como este grupo es muy heterogéneo (figuran en él desde el dueño de empresa o hacienda hasta el pequeño comerciante o peluquero) se ha apartado el segmento que corresponde a los ingresos por concepto de rentas, intereses y dividendos, o sea, las del sector propietario, el que manifiesta un crecimiento de retribución real, de un 64%, esto es, el ascenso más fuerte».

La experiencia del Frente Popular se da entonces en un clima de recuperación económica, en donde los más beneficiados son los sectores medios y altos. Las contradicciones posibles ni siquiera se expresaron respecto a los sectores terratenientes, es de todos conocido que nada se hizo por sindicalizar a los campesinos y, aún más, la legislación existente de hecho hacía imposible y virtualmente prohibía la formación de sindicatos en el agro.

Hay algo que, a veces, no se ha destacado lo necesario, pero que tiene singular importancia, la transformación que significó para los grupos dominantes el período del Frente Popular. El crecimiento de un sector más dinámico, la industria, determinó un robustecimiento de la burguesía, algunos de los grupos terratenientes pasan a relacionarse con el sector industrial. El acrecentamiento del poder de la burguesía les permite a la vez incorporar a nuevos aliados —sectores de la clase media—, lo que los fortaleció políticamente.

En el plano de lo ideológico hay un hecho interesante que Aníbal Pinto discute en algunos de sus trabajos. Como se sabe, la valorización de lo económico toma en el ámbito de lo ideológico político una cierta preeminencia. Dos hechos suceden en la época que determinarán el enfoque que se tenga sobre el carácter de la economía nacional. Por un lado la creación de la Escuela de Economía y Comercio de la Universidad de Chile y por otro la creación de la Corporación de Fomento (CORFO), una proporcionará el esquema teórico y la otra la posibilidad de entroncar el pensamiento económico con la realidad nacional. Pero ¿cuál fue el enfoque teórico en boga? El pensamiento que se difundió fue el pensamiento keynesiano, que traducido al nivel de la política se simplificó y se plasmó en los

<sup>18</sup> Pinto, Aníbal: *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, p. 185. Cf. CORFO.

preceptos generales del «New Deal» norteamericano. Por otra parte, tanto «marxistas» como «burgueses» coincidían en la necesidad de expansión del capitalismo, dándose por consiguiente un curioso proceso de «marxización» del pensamiento burgués al lado de un aburguesamiento del pensamiento marxista<sup>19</sup>.

Resumiendo, la experiencia del Frente Popular significó una sobrevaloración de la participación política obtenida y un oscurecimiento de las contradicciones reales entre las clases.

### *El carácter actual de la ideología*

Es nuestra tesis de que en gran medida la ideología del Frente Popular, como esquema político de alianzas entre clases, permanece en el ámbito de la política chilena. Es cierto que nuevos elementos se incorporan, pero da la impresión que lo que se intenta es repetir la experiencia quizá sí en condiciones supuestas más ventajosas. Para ilustrar lo que planteamos hemos elegido las declaraciones de los informes del Comité Central del Partido Comunista chileno<sup>20</sup>. Sabemos —y es obvio— que la posición del Partido Comunista no representa a la totalidad de las posiciones de izquierda, pero no se puede negar la influencia que ellas han tenido en la formulación de los programas de las campañas electorales presidenciales de los partidos de izquierda. Por otra parte, tampoco es posible negar el arraigo del Partido Comunista en los sectores obreros, principalmente industriales y mineros. En estos informes se intenta caracterizar las contradicciones del capitalismo chileno, al que se considera como deformado, frenado o constreñido por la penetración del capital monopolista extranjero. Ahora bien, se señala que éste encuentra su modo de operar a través de una alianza con los terratenientes y grandes capitalistas. Los grupos que han sufrido los efectos de esta deformación serían las masas populares y los pequeños y medianos industriales, comerciantes, mineros y agricultores. El problema fundamental por consiguiente es el problema del imperialismo, lo que hace necesario en este planteo «la unión de todas las fuerzas nacionales contra el imperialismo». A esta lucha deben sumarse en función de sus propios intereses «los pequeños y medianos capitalistas, los industriales de la construcción, los mineros chilenos, gran parte de la burguesía nacional», etcétera. Debe hacerse hincapié en que el supuesto es que las contradicciones polarizarían por así decirlo a las fuerzas en pugna y especialmente: los sectores de «centro» serían atraídos al «campo de la lucha popular».

Como es evidente estos planteos teóricos deben traducirse en comportamientos políticos concretos, la valorización que de la alianza con los partidos políticos de centro se daba en 1958; incluso en oposición a un mayor «izquierdismo». «Los éxitos alcanzados en este último tiempo se deben a la unidad de acción de los más amplios sectores, de los partidos populares y las colectividades políticas burguesas de centro.» «El entendimiento con los radicales habría sumado a la candidatura popular fuerzas diez veces más numerosas que las que podrían haberse apartado de la campaña, por un izquierdismo mal entendido, por infantilismo revolucionario»<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> Un tema interesante en el análisis de las ideologías sería el de la recepción del tinte «positivista» del marxismo.

<sup>20</sup> Cf. *Diario El Siglo*, 19 de noviembre de 1958 y 6 de enero de 1963.

<sup>21</sup> Cf. *Diario El Siglo*, 19 de noviembre de 1958, pp. 10-11.